

## EL PRESIDENTE Y SU HERMANO

ENRIQUE KRAUZE

Los tiempos violentos se avenían bien con el carácter de Maximino Ávila Camacho, a quien un compañero de juventud recordaba como un "muchacho travieso, inquieto, mordaz, sentimental a su modo y ante todo aventurero." En 1912, acosado por las apreturas familiares, tuvo la osadía de escribir varias cartas al presidente Madero. En marzo le ofrecía sus servicios para formar un cuerpo de voluntarios en un plazo de quince días. En junio le pedía encomendarle "cualquier comisión... aun en extremo peligrosa". Al no resolverse afirmativamente sus peticiones, en noviembre informaba al presidente que había resuelto entrar en el Colegio Militar, pues "tenía verdaderos deseos de ser soldado". Sus últimas comunicaciones eran angustiosas: ya no solicitaba empleo sino "una corta cantidad cada mes para sostener a su hermanito y pagarle su instrucción."

Aparentemente, Maximino ingresó por unos meses en la Escuela Nacional de Aspirantes. Alrededor de la Decena Trágica desertó para luego incorporarse a las fuerzas del general Gilberto Camacho, en la región poblana. Entre 1913 y 1920 participó del lado constitucionalista en diferentes hechos de armas en Puebla, Oaxaca, Veracruz, ascendió hasta el grado de coronel de caballería y formó parte, como vocal propietario, de dos consejos de guerra. En 1920 secundó la rebelión de Agua Prieta y se incorporó a la brigada del general Lázaro Cárdenas. En 1924, participó en la defensa de Morelia contra las fuerzas delahuertistas y fue ascendido en virtud de su "comportamiento heroico". Años más tarde, tuvo mando de tropa y combatió con ferocidad a los cristeros en una amplia zona que iba desde Calvillo, Aguascalientes, hasta San Juan de los Lagos, Jalisco, y tocaba parte de Zacatecas y Coahuila.

Su hoja de servicios militares no incluía otros trabajos "paramilitares", como su participación en la macabra matanza de estudiantes vasconcelistas en Topilejo en 1929. Hacia los años treinta, Maximino

\* Fragmento del libro *La presidencia imperial*, continuación de la *Biografía del poder*, correspondiente a los años 1940-1994, que será publicado próximamente por Editorial Tusquets.

gravitaba ya, fuertemente, sobre la política de su estado. En alianza económica con los multimillonarios William Jenkins y Axel Wenner-Gren llegaría a amasar una fortuna (decenas de millones de pesos) compuesta de ranchos ganaderos y agrícolas y soberbias "quintas" (como se les llamaba a las mansiones de descanso en la época). Asociado con el hábil político poblano Gonzalo Bautista, ocupó la gubernatura del estado en 1937. Su íntimo amigo, el no menos terrible cacique de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos, lo describía años más tarde: "En Puebla el mando lo tenía el gobernador del estado, general de división Maximino Ávila Camacho, digo el mando y no el gobierno, porque mandaba en la zona militar, en la jefatura de Hacienda, en los telégrafos, en el correo, en la superintendencia de los Ferrocarriles, y en el episcopado."

Santos —que era el menos santo de los hombres— decía que Maximino era "fiero". Así pensaban las almas piadosas de Puebla, que temblaban al oír su nombre. Una familia de inmigrantes que vivía en la calle de 5 de mayo escondía a las jóvenes hijas de hermosos ojos verdes, no fuera a raptarlas Maximino. No sólo las mujeres le temían; también los obreros. Reprimidos con frecuencia en sus movimientos de huelga, en 1937 tenían prohibido manifestarse con esos "trapos inmundos" (las banderas rojinegras). Hay testimonios de que a sus subalternos en el gobierno de Puebla no sólo los regañaba: los fustigaba. Cuando Maximino tronaba los dedos, los ricos de Puebla acudían presurosos. "Con Maximino no se jugaba", decía Santos.

\*\*\*

Manuel Ávila Camacho era la copia fiel de Maximino... al revés. Aunque su hoja de servicios en el ejército no consigna su incorporación formal sino hasta el año de 1919, hay indicios creíbles de su actividad militar al lado de su hermano. Pero a diferencia de Maximino, Manuel no tenía pasión por las armas. Aunque parece haber intervenido en acciones contra los ejércitos de la Convención de Aguascalientes y,

particularmente, en la toma de Puebla por el ilustrado general sonoreense Salvador Alvarado a principios de 1915, sus servicios se orientaron más al orden administrativo. Gracias a una modesta formación de tenedor de libros, fue secretario de la Comisión Local Agraria de Puebla y pagador de la División de Oriente. En 1919 conoció en la Huasteca al joven general, coetáneo suyo, hombre suave y humanitario que sería su hermano sin serlo: Lázaro Cárdenas.

Manuel fue, desde entonces, el hombre de confianza de Cárdenas, el jefe de su Estado Mayor. Por donde lo llevó el azar de la guerra lo siguió: por las Huastecas, a punto de cazar a Carranza, por Michoacán, salvando la vida del radical gobernador Múgica, por el Istmo, Jalisco y el Bajío. No obstante, durante la rebelión delahuertista en 1924, no estaba con Cárdenas en el frente de batalla, sino en un hotel de Morelia: allí, despachando como pagador del ejército, fue hecho preso por el general Enrique Estrada, que derrotó a Cárdenas y, acto seguido, le salvó la vida. Para respiro de doña Eufrosina, que vivía en Morelia, Estrada tuvo la misma generosidad con su hijo Manuel.

Al mediar los años veinte, Manuel tuvo problemas con los altos mandos del ejército: a juicio de una comisión revisora no comprobaba su ingreso en la Revolución, ni sus empleos anteriores, como tampoco su actuación en la lucha y en el ejército antes de 1919, por lo que se recomendaba "no reconocérsele personalidad militar alguna". Quizá la intervención de Cárdenas ante Calles haya salvado del brete a su compañero. En todo caso, al estallar la guerra de los cristeros, los militares tenían tareas de mayor apremio que la revisión de expedientes.

Ya con mando de tropa, según consta en su hoja de servicios, Ávila Camacho combatió a los cristeros. Pero la palabra "combatió" en su caso es equívoca. Su arma era la persuasión. Era fama que en Atotonilco el Alto y Sayula "se conquistó el cariño de sus enemigos pues era noble y magnánimo con los espías a los que daba oportunidad de salir del sector militar y asentarse en otra ciudad". Fue en Sayula donde conoció a Soledad Orozco y donde se casó con ella, en rigurosa ceremonia religiosa. La gente decía que Ávila Camacho era "buenísimo". No sólo tenía prohibido a sus hombres abusar de los cristeros sino que de hecho había llegado con ellos a una especie de "modus vivendi" para evitar enfrentamientos y ganar tiempo. En abril de 1927, en un momento muy temprano de la guerra, cuando sus tropas tomaron el pueblo de Pihuamo, en Michoacán, mandó llamar a los jefes cristeros y les propuso una amnistía. Por tres años persistió en su oferta de paz, hasta que los arreglos de la Iglesia y el Gobierno favorecieron una salida pacífica. Cuando los jefes cristeros recibieron órdenes de licenciar a sus tropas, determinaron enviar a José



Gúzar Ocegüera a parlamentar con Ávila Camacho. La escena ocurrió en uno de los viejos pueblos de la Meseta Tarasca por donde había andado Tata Vasco:

Gúzar Ocegüera pidió que a los soldados cristeros de Cotija se les permitiera asistir armados "a una misa en honor de la virgen de San Juan del Barrio", petición que, para su sorpresa, fue aceptada por el general Ávila Camacho; pidió también que se les dejaran sus pistolas a oficiales y jefes argumentando que podrían necesitarlas, también se les concedió; solicitó que no les quitaran sus caballos a los combatientes, solicitud aceptada; pidió que se les dieran diez pesos a cada soldado, a lo que el general Ávila Camacho contestó que no tenía ni dinero ni autorización para hacerlo, explicando Gúzar Ocegüera que era conveniente dárselos para evitar que robaran por necesidad, sugirió que el dinero se obtuviera "del administrador de la Hacienda de Santa Clara y de los ricos de la región que se beneficiaban con la paz", sugerencia que el general Ávila Camacho puso en práctica.

En los años treinta, el Jefe Máximo Calles le encomendó la 29 Jefatura de Operaciones con sede en Tabasco, tierra del más furibundo anticatólico nacido en México, Tomás Garrido Canabal. Comparado con aquel cacique y gobernador, el general Calles era un dechado de piedad. Cada día ordenaba a sus lugartenientes y servidores públicos que lo saludaran marcialmente con el grito de "Dios no existe", a lo que él contestaba: "Ni ha existido". Se dice que a uno de sus hijos le puso por nombre Luzbel. (Graham

Greene escribiría *The Power and the Glory*, basado en estos años de fanatismo desfanatizador en Tabasco.) Era natural que este endemoniado entrara en conflicto con el morigerado hijo de doña Eufrosina. En alguna ocasión, quiso sobornarlo y en otra intentó apresar a dos jóvenes, pistola en mano, en la propia sede de la Jefatura Militar. "¿Cómo iba yo a entregárselos para que los sacrificara? —recordaba Manuel, años después— ¡Cualquiera que sea el motivo de esta persecución —le dijo— vergüenza debía darle a usted andar en estas tareas siendo gobernador!" Una vez más, la persuasión funcionó: "tengo la seguridad de haber logrado, por medio de varias pláticas sucesivas, iniciar un leve cambio en Garrido".

Con el ascenso en 1933 de su amigo Cárdenas a la candidatura presidencial, la estrella de Manuel Ávila Camacho subió a alturas que probablemente él, en su fuero interno, no deseaba. Fue oficial mayor, más tarde subsecretario de Guerra y Marina y, a partir de diciembre de 1937, secretario de la Defensa Nacional. A principios de 1939, su hoja de servicios consigna la solicitud de una licencia ilimitada para dedicarse a asuntos de "carácter particular y político". No eran otros que contender para la presidencia de la República.

\*\*\*

"Manuel es un bistec con ojos" habría gritado Maximino en su despacho de la gubernatura de Puebla, al enterarse por su íntimo amigo, "el pelón tenebroso"



Gonzalo N. Santos, de que el general Cárdenas y un importante grupo de gobernadores apoyaban a su hermano: "Yo soy el mayor de la familia, a todos los he formado desde niños. A Manuel, de chico, lo hacía 'jinetear' un burro bronco y le regalaba una peseta... yo lo hice soldado cuando yo ya tenía años de militar... yo soy el gobernador de Puebla, que era un nido de alacranes y que ahora tengo perfectamente controlado... aquí no hay más voz que la mía."

Maximino, que tenía derechos de primogenitura sobre la familia Ávila Camacho, se sentía con derechos de primogenitura sobre la "familia revolucionaria". Ésta, sin embargo, optó, no por la fiera sino por el hombre que con el tiempo sería conocido como el Presidente Caballero.

"Era un hombre cien por ciento ponderado en sus actos, en sus decisiones", recordaba medio siglo después el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal. Había conocido a Ávila Camacho no en un campo de batalla sino en un court de polo, deporte favorito de Ávila Camacho y en el cual tenía un respetable handicap. Desde entonces, le llamaron la atención los rasgos de su carácter: "muy estable, no se alteraba, escuchaba, tenía paciencia, no daba resoluciones precipitadas, sino siempre sensatas". Otros testimonios dan fe de su comedimiento: recibía a las personas de pie y "siempre envolvía sus deseos en corteses expresiones". Vestía de modo discreto, sin pretensiones: chamarra, saco sport. Viajaba en su auto con un solo ayudante. "Estaba muy enamorado de su esposa, doña Soledad", recordaba Adolfo Orive Alba, el joven director de la Comisión Nacional de Irrigación que solía acompañarlo a visitar pueblos y esbozar proyectos de pequeña irrigación. Se había casado con ella en Michoacán. El matrimonio no procreó hijos, pero sí un amor que al propio Orive le llamó la atención: "para el general, conocer a una actriz de las de moda entonces —María Félix, Sofía Álvarez, Dolores del Río— sería como conocer una fotografía, le gustaban, pero de lejos, como figuras desconocidas".

En el otro extremo del planeta, estaba Maximino. Tenía "arrestos de dictador". Ya siendo su hermano presidente de la República, un buen día tomó por sus pistolas la Secretaría de Comunicaciones, corrió al ministro, se sentó en la silla sin haber rendido primero protesta ante el presidente. Aunque Manuel lo toleraba con prudencia, como quien maneja lumbre en un depósito de combustibles, lo cierto es que Maximino desplegó por la ciudad de México las tres ominosas "a" de su carácter: arrogante, atrabancado, altanero. Podía ser volcánico, irascible y "majadero", pero también apasionado y sentimental. Fueron famosos sus romances con actrices de moda. Hacia 1945, rondaba su casa la tonadillera española y baila-

rina de flamenco Conchita Martínez. "Maximino —recuerda Santos, para quien ser 'borracho, parrandero y jugador', no era un defecto sino una cualidad— se había encaprichado con ella y como el marido de Conchita había dado algunas muestras de 'incomprensión', Maximino le mandó dar una paliza y lo expulsó del país, quedándose con la guapa española." Maximino, incidentalmente, se casó dos veces, tuvo hijos dentro y fuera del matrimonio. Uno de ellos, Eulogio, terminó por vivir con Manuel y Soledad.

Una de las pasiones de Maximino era vestir bien. El sastre que lo atendía desde sus años de gobernador en Puebla, judío originario de Varsovia, recordaba:

Llegaba el general en su Packard negro, inmenso, y se estacionaba enfrente. Era la hora de mi siesta, pero yo —no faltaba más— subía la cortina y lo atendía. Lo flanqueaban varios pistoleros. En el coche venía una mujer, era la rejonadora Conchita Cintrón. El general ponía su pistola en el probador (estorbaba para la prueba) y luego, con el dedo índice, recorría todos los cortes ingleses de la estantería. "Quiero un traje gris, uno claro, otro oscuro, de rayitas, de mascota, desde aquél, hasta éste". Podían ser diez trajes a la vez. Cuando se los probaba, me abrazaba diciéndome: "Pídame lo que sea, maestro, una gasolinera por ejemplo". Por supuesto que nunca le pedí nada. Me pagaba bien y era bueno conmigo.

Un día olvidó su pistola, la cacha recamada de piedras preciosas. Al buen sastre casi le da un infarto. ¿Qué hacer con esa "cosa"? Habló inmediatamente con "mi general" y éste envió a sus pistoleros a recogerla. Al hijo del sastre, que le llevaba los trajes, le daba una jugosa propina que le duraba un mes. Así era Maximino.

Los dos hermanos compartían lo que podría llamarse una cultura ranchera: poseían ranchos, les gustaban las canciones rancheras, los chistes rancheros, la comida ranchera. A Maximino lo apasionaban los toros. Se decía —leyenda inverosímil— que de joven había viajado a España para hacerse torero profesional. Era dueño de la plaza El Toreo que se encontraba en la Condesa y con la cual había realizado pingües negocios. Manuel, en cambio, adoraba a los caballos. Tenía anécdotas conmovedoras sobre los caballos de su vida. Uno de sus amigos más queridos, el veracruzano Justo Fernández, yerno de Maximino, recordaba: "Su afición coincidía con todos los jefes militares de aquella época, porque la revolución se hizo a caballo y al ferrocarril le llamaban caballo de hierro... Como él fue dragón de caballería, siendo presidente le dio gran impulso al deporte hípico... al final de su vida tenía dos caballos árabes y una yegua, la Aurora."

En tiempos de Ávila Camacho, por su iniciativa y en terrenos que habían pertenecido a La Herradura, se construyó el hipódromo de las Américas, donde siendo presidente acudía a ver los derbys en un palquillo construido para él. Mientras "el fiero" Maximino echaba bala en sus francachelas, quizá el mayor placer de su hermano, el Presidente Caballero, era cabalgar lentamente en su rancho: "ahí se estaba con su esposa, viendo las labores agrícolas que se hacían... A cinco kilómetros de La Herradura le gustaba ver qué obras de irrigación se podían hacer, qué manantial, qué pequeña corriente, que pequeño río se podía utilizar."

Un rasgo vinculaba a los hermanos: la salud endeble. Había diabetes en la familia. Manuel tuvo un infarto en la campaña presidencial y otros dos en la presidencia. Por su parte, a principios de 1945, cuando ya apuntaba a la carrera presidencial para la cual quería hacer valer, de nueva cuenta, sus derechos de primogenitura, Maximino "entregó su alma al Señor". Ese día —17 de febrero— asistió a un mitin en su honor en Atlixco. Después de los discursos sería servida una comida multitudinaria, pero Maximino comenzó a sentirse mal y decidió retirarse, sin haber probado, en apariencia, los alimentos. Murió en su casa de Puebla, a las siete de la noche. Siendo la malicia una enfermedad mexicana, no faltó quien asegurara que sí había probado la comida y que ésta contenía algo más que condimento. <

